

EL MUNDO CÓMICO

DIRECTOR LITERARIO:
MIGUEL RAMOS CARRION.

SEMANARIO HUMORÍSTICO.

(SE PUBLICA LOS DOMINGOS.)

DIRECTOR ARTÍSTICO:
FELIX JAIME Y MAINAR.

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID: un mes, 4 rs.: número suelto, un real.—PROVINCIAS: un mes, 5 rs.: tres meses, 13 rs.: número suelto, un real 50 céntimos.—PORTUGAL: tres meses, 16 rs.—FRANCIA, INGLATERRA é ITALIA: tres meses, 20 rs.—AMÉRICA Y FILIPINAS: semestre; 3 ps. fs.: un año 5 1/2 ps. fs.—Se

suscribe en las principales librerías de Madrid, Provincias, Extranjero y Ultramar, y directamente ó por medio de letra ó libranza en la Administracion de este periódico, calle de Isabel la Católica, núm. 10, bajo. No se admiten sellos de comunicaciones.

MALOS PENSAMIENTOS.—POR PELLICER.



Anda con Dios mujer, anda con Dios; ya no me conoces porque vas tan elegante, pero quien sabe si volverás á vender agua como lo hacías antes.

EN EL BAILE DE MÁSCARAS.—POR GREVIN.



..... y despues iríamos á hacer la comidita..... y despues..... pero yo no decirlo, yo tener muchos y muy bonitos juguetes.

EL LUNAR.

CUENTO.

I.

Pues señor, este era un príncipe de no sé que país. Solo sé que no era España, porque aquel era un país muy dichoso.

A pesar de esto, el príncipe que regia sus destinos no era feliz ni mucho menos. Efecto de alguna causa desconocida ó de enfermedad oculta á los ojos de la ciencia, tenía el jóven soberano (porque era muy jóven) una tristeza tal que daba lástima verlo.

Muchas veces en medio de las fiestas con que sus cortesanos le obsequiaban, sentíase abrumado por la melancolía y empezaba á hacer pucheros no obstante su elevada alcurnia, y cuantos más esfuerzos hacia por animarle la gente que le rodeaba, más se entristecía el pobrecito acabando siempre por echarse á llorar á lágrima viva.

Reuniéronse los médicos más afamados de la época, le llenaron el cuerpo de jaropés, se hicieron ensayos de todo gé-

nero con las yerbas tenidas por maravillosas, se apeló á los recursos sobrenaturales consultando á nigrománticos y ancianas tenidas por brujas: todo fué inútil. El príncipe no gozaba un momento de alegría; los motivos de goce eran para él causa de mayor tristeza, y el infeliz se consumía poco á poco de tal manera que iba quedándose en los huesos.

Prohibióse bajo terribles penas vestirse de negro, morado ó amarillo por haber indicado alguien que la vista de tales colores predisponía á la tristeza, y toda la gente se vistió de encarnado y verde que daba gusto verla. Parecía aquel un pueblo de cotorras y guacamayos.

Pues nada; á pesar de tales disposiciones y de hacerse constantes las fiestas y regocijos públicos, el augusto mancebo lloraba como un chiquillo y no había medio de consolarle.

II.

Un dia se presentó en palacio un extraño personaje. Aseguraba poseer un remedio eficazísimo contra la tristeza y fué introducido hasta la régia cámara.

El príncipe se enjugó las lágrimas que entonces como

EN EL BAILE DE MÁSCARAS.—POR GREVIN.



Cuestión de medianería.

casi siempre vertía, contestó al saludo del recién llegado, y entreabriendo los labios con una melancólica sonrisa de incredulidad le preguntó quién era.

El aspecto del desconocido era lo más á propósito para excitar la hilaridad en cualquiera que no fuese el príncipe triste.

Figuraos un vejete de corta estatura, piernas estremadamente flacas, cuerpo un tanto corcobado, cara estremadamente pequeña con una nariz extraordinariamente gorda y colorada, y una boca grandísima con un único diente, que temblaba de verse solo.

Los ojos, muy pequeños, pero negrísimos y de una mirada viva y penetrante, daban á su fisonomía una espresion animada y alegre.

Vestía una especie de blusa roja que remataba en picos, adornada con cascabeles; unos calzones ceñidos, de aquel mismo color, y un gorro puntiagudo adornado en su extremo con una campanilla.

Cualquiera hubiese creído ver en el vejete una caricatura de Momo.

—Poco debe importaros, señor, dijo al príncipe, saber

quien yo sea. Básteme con deciros que poseo el secreto de vuestra felicidad.

—¿Y qué quieres por revelármelo?

—Absolutamente nada.

—En ese caso debo estarte doblemente agradecido.

—Una sola condicion impongo para descubriros el medio de matar la tristeza, y es que nadie sino vos y otra persona de vuestra absoluta confianza se entere del secreto. Y exijo tanta reserva porque perderia su eficacia el remedio en caso de llegar á ser conocido.

—Mi palabra de rey, y el interés de aliviarme te garantizan de que cumpliremos esa condicion, dijo el príncipe echándose á llorar de una manera desconsoladora.

—Veo, señor, que urge el remedio.

—Mucho, muchísimo! Añadió el monarca Jeremias dando cada suspiro que partía el alma.

—Pues en ese caso designad la persona á quien hemos de hacer partícipe del secreto, y busquemos cuanto antes la medicina.

El príncipe, vertiendo lágrimas como avellanas, pensó unos cuantos minutos, y por fin dijo:

TIPOS.—POR LUQUE.



Dá la suerte..... y algunas veces sabañones como puños.

—Nadie me parece más á propósito que mi primer ministro.

—Pues llamadle al punto.

Hízolo así en efecto, y á los pocos momentos se presentó el ministro haciendo reverencias.

III.

Era el tal, hombre ya viejo, pero toda la gravedad que los años le habian prestado, se la quitaba el traje de color de cereza con adornos verdes que vestía, para no aumentar la tristeza del afligido monarca.

En cuanto este le dijo la causa de haberle llamado, el ministro, que había reprimido difícilmente una carcajada al ver el ridículo aspecto del hombre que se proponía curar al príncipe, demostró visiblemente el interés que le inspiraba conocer el secreto. Y se comprende bien que el ministro juzgase posible, cuando no seguro, que aquel hombre tuviera un remedio eficaz contra la tristeza, pues su figura le abonaba para todo lo que significase alegría.

—Ved si alguien puede escucharnos, dijo.

—Descuidad, que estamos completamente solos,

—En ese caso vais á saber la sencilla manera de curar á nuestro amado monarca.

—Decidla pronto, que ya estoy impaciente por saberla.

El príncipe no interrumpió este diálogo sino con unos cuantos sollozos capaces de conmover á las piedras.

—Pues bien, dijo al fin el risueño hombrecillo; el remedio único para curar esa profunda tristeza consiste en encontrar una mujer que tenga un lunar negro del tamaño de una lenteja sobre el hombro derecho, y que esa mujer dé dos besos al príncipe en la frente.

El ministro se echó á reír, y el rey á llorar. El hombrecillo se puso sério, acaso por primera vez en su vida, pero bien pronto recobrando su alegre aspecto repuso:

—Dudais de la eficacia de mi remedio? No importa. Bien sencillo ha de ser el practicarle, y nada perderéis con ello. Además, para que con más fé lo hagais, sabed que de esa misma enfermedad he curado por un medio análogo á un potentado del país vecino. Informaos de si es cierto, y cuando lo sepais, acaso no dudeis del resultado que ha de dar el remedio que os he propuesto.

—Basta, dijo el príncipe llorando siempre, basta; yo ne-

TIPOS.—POR LUQUE.



Los pies paraos no pué ser
que yo los tengo para correr.

cesito creerte; yo haré que busquen á una mujer que tenga un lunar negro como una lenteja sobre el hombro derecho, y que me dé un beso en la frente. Desde hoy mismo se la buscará, añadió dirigiéndose al ministro; yo lo mando, yo necesito creer á este hombre, porque si no creyese que habia de curarme, me moriria.

Y más desconsolado al parecer que antes, rompió á llorar de nuevo.

—Señor, dijo el hombrecillo, cuyo semblante ofrecia un contraste extraño con el del príncipe, yo me retiro.

—Pero insistís en no pedirme nada por el remedio?

—Nada. Volveré á veros cuando esteis más alegre que unas pascuas.

Y haciendo una pirueta y un gracioso mohin salió de la estancia.

IV.

—Con que no crees lo que me ha dicho ese hombre? preguntó el príncipe al ministro, en cuanto aquel hubo salido.

—Señor, no quiero disgustaros, pero me permito dudar

de ello. Podemos sin embargo averiguar si es cierto que por un medio semejante ha curado á quien nos dijo; y si resulta cierto, yo, como vos, creeré que es seguro el remedio que propone, y buscaremos una mujer que tenga ese lunar, haciendo para encontrarla todos los esfuerzos posibles.

—Pues deseo que se averigüe inmediatamente si en efecto ha curado á ese que padecía como yo.

—Se averiguará inmediatamente.

Y en efecto, á muy poco se supo con certeza que aquel hombre, por un medio desconocido, pero según el interesado muy sencillo, le habia curado de una antigua y horrible tristeza en poquísimos dias.

Averiguado esto, y aunque sin decir para qué objeto, mandáronse miles de emisarios en busca de una mujer que tuviera el lunar apetecido.

Además en todos los sitios públicos se colgaron carteles que decian sobre poco más ó menos lo siguiente:

Toda mujer que tenga sobre el hombro derecho un lunar negro del tamaño de una lenteja, se presentará en el palacio del primer ministro,

LOS AMANTES DE PEGA.—POR LUQUE.



Otro billetito.... Mas de 25 duros, y menos de amor, me hacen falta.

V.

A pesar de tantas investigaciones y de tan numerosos anuncios, la anhelada mujer no parecía.

Infinidad de ellas se presentaron; unas tenían el lunar un poco más arriba, otras un poco más abajo; estas un poco más chico, aquellas un poco más grande.

Por fin, un día pareció una que lo tenía en el sitio designado, y del tamaño preciso, pero no era negro sino de un color de chocolate claro.

A pesar de esta pequeña falta se hizo entrar á la mujer, que era por cierto fea y vieja, en la cámara real, y con el mayor secreto dió un beso en la frente al monarca, que en cuanto lo recibió se puso más triste que nunca y empezó á llorar á chorros.

Despidieron de mala manera á la mujer del lunar, que no acertó á comprender todo aquello, y se continuó buscando con más ahinco á la que tuviese las necesarias condiciones.

VI.

El tiempo corría y el príncipe empeoraba.

A tal extremo había llegado su descontento, que lloraba hasta durmiendo, y noche hubo en que para que no se ahogase en su propio llanto, tuvieron que sacarle de la cama.

Y entretanto enflaquecía poco á poco hasta quedar en los huesos; el infeliz ya no tenía fuerzas mas que para sollozar y soltar cada suspiro que parecía imposible que saliese de aquel cuerpecillo tan débil.

Y la mujer del lunar no parecía por mas que se la buscaba sin descanso. ¡Tan difícil es, aun á los príncipes, hallar aquello que más desean!

VII.

Llegó la primavera. Los árboles se pusieron sus trajes verdes, y cantaron los pájaros las mejores cavatinas de su repertorio. Todo en el campo era alegría.

Una mañana de las más risueñas en que no había una sola nube en el cielo, el príncipe se hizo trasladar en brazos desde el lecho que ya por sí solo no podía abandonar, á un sillón colocado junto á un balcon que daba sobre el jardín de palacio.

Allí lo dejaron solo, porque la gente le entristecía más, y se entregó á su sabor á la más profunda melancolía.

El alegre espectáculo que ofrecía á su vista la naturaleza, le producía un pesar indecible. El pobrecito lloraba hilo á hilo, y á través de sus lágrimas miraba al jardín donde los ruiseñores gorjeaban á su gusto.

De pronto vió aparecer por entre los árboles á una muchachuela que contaría quince años á lo sumo, y que vivarachamente, cantando como una alondra, y corriendo como una cierva, hollaba apenas con su planta la alfombra de flores.

El príncipe tuvo envidia de aquella chicuela, hija del jardinero.

Dirigióse ésta á una fuentecilla que vertía un chorro de agua fresca y bullidora, y despues de mirar en torno suyo como para cerciorarse de que nadie la veía, se quitó el corpiño de lana azul que llevaba, y empezó á lavarse jugueteando con la clarísima corriente.

El príncipe al verla lanzó un grito, y la muchacha asustada se cubrió rápidamente con el corpiño, y echó á correr ocultándose entre los árboles.

El príncipe, que desde algunos dias antes no había podido moverse del sitio donde le colocaban, hizo un supremo esfuerzo, puso en pié, y cogiendo el cordón de una campanilla, le agitó con toda la fuerza que le quedaba.

Acudieron varios servidores.

—¡El ministro! exclamó el príncipe; que venga pronto, pronto.

Salieron á buscarlo, y pocos momentos despues entró en la estancia.

—Oye, le dijo el príncipe esforzándose para echar del cuerpo la voz; la hija del jardinero que venga..... tiene el lunar..... negro..... en el hombro derecho..... como una lenteja.

—¿Es posible?

—Sí, la he visto.... ¡que venga!

Y dicho esto se echó á llorar amargamente mientras el ministro salía de la habitacion con toda la velocidad que sus piernas le permitían.

VIII.

A muy poco el ministro volvió acompañado de la muchacha, que aun traía quitado el corpiño y pintado el rubor en el rostro.

—Es cierto, señor, dijo al entrar el ministro; ¡vais á ser feliz! ¡Tiene el lunar! Vamos, añadió, dirigiéndose á la jóven, dá un beso en la frente al rey.

La muchacha se resistía, y el príncipe lloraba mas que nunca.

—Vamos, repitió el ministro, cogiendo á la jóven por un brazo y obligándola á acercarse al enfermo.

La muchacha se aproximó, y encarnada como una amapola, le besó en la frente.

Así que el príncipe sintió aquel anhelado ósculo de felicidad, se sonrió alegremente, pintándose en su rostro la alegría mas completa.

—¡Qué feliz soy! dijo riendo como un niño.

—¡Y hemos buscado por todas partes lo que tenemos aquí! exclamó el ministro.—Dále otro beso, dijo á la muchacha.

Esta se acercó de nuevo y le besó como antes. El príncipe soltó una carcajada sonora y cerró los ojos.

—¿Estais ya contento, señor? Le preguntó el ministro.

El príncipe no respondió. ¡Estaba muerto!

La muchacha dió un grito; el ministro se quedó aterrado.

Y cuando poco despues salía de la habitacion decia para sí el buen viejo llorando:

—¡Siempre lo mismo! El primer momento de felicidad es el último de la vida.

M. Ramos Carrion.

REFRANES.

Luisa y Luis cuando novios
mucho se amaron;
se han casado y hoy viven
cual perro y gato:

*O no te cases
ó, si te casas, mira,
lector, lo que haces.*

Todos saben que Lúcas
es un tronera,
y en vano le predicán
que él no se enmienda.

Por eso digo:
*predicar en desierto
sermon perdido.*

Muerto de amor por Julia
se encuentra Emilio;
pero ella no le quiere
porque no es rico.

En este mundo
desde tiempos remotos
oros son triunfos.

A Roque la desgracia
cruel le aqueja;
más hace poco tiempo
murió su suegra,
y él, satisfecho,
cuando lo supo dijo:
del mal, el ménos.

Liborio C. Porset.

CUENTO.

Don Maximino de Chaves
gastrónomo sin igual,
solía en lo general
comerse dos ó tres aves:
Una noche al cocinero
viendo que se retrasaba
en servirle, le gritaba
traes las aves majadero?
Y el pobre jefe temblando

al ver de su amo el humor
le dijo:—Espere el Señor
que van las aves volando.

Francisco Jaime.

MORIR AMANDO.

Le decia:—Te amo tanto,
que moriré si mi duelo
no consuelas.
El se rió de aquel llanto,
y ella murió ¡oh desconsuelo!
de viruelas!

EL VIEJO Y LA NIÑA.

—Dices que á gloria saben
los besos, Clara,
toma, pues, este mio.
—No sabe á nada!
—¡Pues ¿como es eso?
—Usted no se ha mirado
nunca al espejo.

José Estremera.

AMOR CORRESPONDIDO.

Que la amaba á Irene hermosa
la juré en mil ocasiones;
mas ¡ay! ella mis razones
oyó como si tal cosa.
Tanto la llegué á rogar,
que al fin me ha aceptado Irene,
¿No es verdad que eso no tiene
nada de particular?

José Estremera.

EPIGRAMAS.

El bravo D. Luis Megia
con una fea se unió,
pues de este modo pensó
que nadie la buscaría.
Mas fué tan fatal su estrella,
que aunque no hubo un libertino
que le saliera al camino
en cambio le salió ella.

Francisco Jaime.

A casa de Diego fui,
feroz jugador de Návia,
y al preguntar: «¿vive aquí?»
me dijo su esposa Octavia:
—No, no señor, *aquí rábia*;
vivir... *vive* por ahí.

Victoriano Brabo.

¡Báileme usted! se titula
una mazurka de Navas,
y es tan bella, que al oír
hasta el que no quiere, baila.

DEL DIA.

SONETO.

—¡Qué ojos! ¡Qué talle! ¡Qué perfil! ¡Qué pié!
—Eso es adulacion.—¡No sé adular!
Es imposible verla y no admirar
sus encantos.—Mil gracias.—No hay de qué.
¿Usted vive?—En mi casa.—Ya lo sé.
¿Cerca?—Léjos.—¡Si quiere usted aceptar
mi compañía!—Siento desairar.....
—No esperaba ese pago.—Ahí verá usted.
—Tengo grabada su hermosura aquí,
dentro del corazon, y aguardó un sí
que apague el fuego que en mi pecho ardió.
—¡Son los hombres tan malos!—Lo que es yo
me atrevo á asegurar.....—Bien, en Lardhy
podemos hablar de eso.—(¡Me partió!!)

Martin Arroyo.

IMPRESIONES.

Recomendamos á nuestros lectores la adquisicion del
precioso tomo de poesias, que con el título que encabeza
estas líneas, acaba de publicar nuestro querido amigo don
José Campo-Arana.

Si la amistad que al autor nos une, no nos quitase liber-
tad para elogiar sus magníficos versos, haríamos de ellos
un extraordinario elogio que podria parecer exagerado á
quien no los hubiera leído.

Sin embargo, no queremos privarnos del placer que nos
proporciona el consignar, que el Sr. Campo-Arana es dig-
no de figurar en primera línea entre los poetas líricos con-
temporáneos.

Y como muestra de lo que vale, tomamos de su libro la
siguiente bellísima poesía:

DEBILIDAD.

Me sentia morir y quise verla,
darle mi maldicion;
y... vino... y ví sus ojos... y le dije:
«¡Que te bendiga Dios!»

J. Campo-Arana.

Solucion á las charadas del número anterior.

- 1.^a—Puntapié.
- 2.^a—Abecedario.

CHARADAS.

1.^a

Solo un *primera* con *prima*
repite *dos* y *segunda*
si no tiene confianza
con la gente que le escucha.
Mas al *segunda* con *prima*
en él merece disculpa
porque se le viene al *todo*
lo que otros no dicen nunca.

2.^a

Me encojo de hombros con la *primera*
con la *segunda* me regocijo;
en *dos* y *prima* corro á mi gusto
y hallo en mi *todo* lo más preciso.

(Las soluciones en el número próximo.)